

**UNIVERSIDAD DISTRITAL FRANCISCO JOSÉ DE
CALDAS**

**LICENCIATURA EN EDUCACIÓN
INFANTIL**

**SEMINARIO TALLER PROBLEMAS DIDÁCTICOS
III2024**

TALLER:

Tema: Sobre las diferencias, la educación y la mirada (Ejercicio individual)

NOMBRES APELLIDOS Y CODIGO:

Laura Janet Salinas Delgado 20202287002

Después de ver el ensayo audiovisual de Carlos Skliar: “La escena está servida” <https://www.youtube.com/watch?v=RWBCB-oOvXk>,

Hacer una reflexión en torno al ensayo audiovisual y la lectura propuesta: “La escena incongruente”. La experiencia de la conversación, de la mirada y de la investigación educativa. Una desnaturalización de la congruencia. Carlos Skliar.

1) Responder las siguientes preguntas

REFLEXIÓN:

El texto que se encuentran a continuación se podrán encontrar mis respuestas a las diferentes preguntas resaltadas.

Mirar.

1.
verbo transitivo
Dirigir la vista a un objeto. Usado también como intransitivo y como pronominal.
2.
verbo transitivo
Observar las acciones de alguien.

“Mirar”. Una palabra habitual en nuestras conversaciones cotidianas, una palabra de cinco letras que nos remite a la observación; una palabra sencilla pero tan cargada y definida por nuestras intenciones, ideas, concepciones, experiencias y saberes, que la tornan compleja y la separan de su sinónimo “ver” para dotarla de sentido, de poder.

Mirar, por lo tanto, no es sólo percibir con nuestros ojos algo por medio de la luz. Mirar implica exponer nuestros pensamientos más recónditos sin que nadie los pueda explicitar. Mirar permite intimar con el ser u objeto mirado, desnudar nuestra mente para abrazar la existencia de lo observado y así acogerlo, aceptarlo, dominarlo, o destruirlo.

Las miradas entonces son infinitas, así como son infinitos los seres que miran. Las miradas son diferentes incluso si provienen del mismo ser. Ellas son definidas por nuestros prejuicios, por los acontecimientos que nos afectaron de una u otra forma, por nuestras suposiciones con o sin fundamento, e incluso por la presión social, los imaginarios de la sociedad, pues al estar inmersos en el común acuerdo de la realidad, ésta puede influir directamente en la forma de mirar.

Cabe resaltar que, en cualquier caso, la mirada es subjetiva, nunca generalizada, depende de quien mira y quien es mirado para decir o percibir algo. Las miradas son transitorias, cambiantes, pero pueden ser estáticas si no hay capacidad de reflexión en quien la emite.

- *¿Cuáles han sido sus miradas prejuiciosas? (¿En su vida cotidiana, en su vida universitaria, en su práctica profesional?*

Existen mil ejemplos de miradas prejuiciosas y de cómo éstas pueden transformarse; pero ahora comentaré algunas que me han marcado como ser humano y que me han movido a la reflexión y la autocrítica, así como a la comprensión del otro, de los otros, del mundo repleto de diferencias.

En mi vida cotidiana, alguna vez miré a las personas que viven en la calle con extrañeza de por qué elegían estar así, con vergüenza ajena, con lástima y desaprobación por pensar que elegían estar en un estado deplorable por facilismo, por no querer hacer nada, porque les ganó un gusto por alguna sustancia psicoactiva y relegaron su autonomía a la deriva de una vida sin techo.

En mi vida universitaria, cerca de los primeros semestres, alguna vez miré a todos los estudiantes universitarios y profesores, cómo espectaculares seres ilustrados, bondadosos, críticos y coherentes, ya que estudiar implica meditar, pensar, apropiarse y aplicar lo que se estudia para la vida de sí mismo y de la sociedad.

Por último, en mi práctica profesional, y debido a que me dediqué a las labores del cuidado desde muy joven cuidando y enseñando a bebés y a niños de mi círculo familiar, miré a las infancias ni siquiera como infancias, sino como niños en general, que se acostumbraban a las rutinas, que estaban desarticulados de sus contextos, de sus familias, de sus madres; niños que debían aprender a leer como yo aprendí a leer, forzados y aburridos; niños perezosos, desobedientes, adultos en miniatura que no tenían disciplina.

- *¿Cómo se han dislocado esas miradas prejuiciosas? ¿Qué tensiones le han generado?*

Ahora bien, aunque todo lo anterior suena un poco rudo, petulante, ingenuo y/o déspota, debo aclarar que me atrevo a mencionarlas precisamente por la trascendencia que tuvieron en la dislocación de mi mirada; los 3 ejemplos mencionados y mi forma de mirar a los seres humanos involucrados, me confrontaron con los mismos y con situaciones que me empujaron a un precipicio, donde sentí la baja de razonamiento, la oscuridad de mi intención, donde me miré a mí misma en los espejos de sus ojos y me empequeñecí, despojándome de mis propias prevenciones, deteniendo la velocidad con la que juzgaba sin conocer, y me permití comprender las decisiones, las acciones, y la existencia del otro sin

atreverme soberbiamente a enjuiciar.

En el primer ejemplo, mi mirada cambió debido a la relación directa que tuve con un señor, cuya identidad protegeré, debido a que es la manifestación del declive de un hombre a raíz del dolor en su vida, más concretamente, en su infancia. Inicialmente, yo no comprendía la situación; era un hombre con casa propia, una familia grande y tradicional, trabajaba ocasionalmente en construcción ya que habían otros modos de sustentar a la familia con un negocio en casa, era foráneo, pero se asentó en un municipio de Cundinamarca y perteneció y abogó por los intereses del pueblo colombiano afiliado a un partido político en los años 80 aproximadamente.

Su ausencia en casa no tenía explicación, ni tampoco el silencio de sus familiares cuando se preguntaba por él. Las primeras veces me conmoví al verlo casi con un aspecto deshumanizado, llegando a casa después de 15 días de desaparición y no comprender el por qué sus familiares estaban habituados a la situación. El hartazgo, el llanto ya casi imperceptible y la angustia constante eran la atmósfera que yo percibía siempre en esa casa. Ver el dolor de sus familiares me ubicaba con más fuerza en mi primer mirada, en la de la desaprobación.

Sin embargo, el frecuentar cada vez más y más el lugar, posibilitó otro tipo de conversaciones, donde la congruencia de la escena se transformó en incongruencia para mí, pero para quienes estaban inmersos en la situación era al contrario; lo incongruente era lo congruente, lo extraño, lo no común, el cuerpo anómalo de un hombre con adicciones severas, lastimado por la calle, destruido por el abandono de sí mismo, era lo común, lo esperado.

Un día, (el primero de varios) por diferentes razones nos encontramos solos por un buen rato y frente a frente; no había oportunidad de esquivar la mirada, de disimularla. Para mi sorpresa, ese cuerpo maltratado, ese cuerpo lacerado, distinto, difícil de mirar, me habló, y en su voz y en lo que decía no encontré lo que inconscientemente yo deseaba para autoafirmar mis prejuicios y mi forma de

mirar. Encontré que ese cuerpo comunicativo quería ser escuchado, que lo que decía no era lo supuesto, que hablaba de cosas maravillosas y brillantes desde ese rostro desdibujado.

Al mismo tiempo, ese cuerpo hablante también explicaba su existencia, probablemente de una forma inconsciente, pues a grandes pinceladas comentó su historia de vida, sin detenerse en detalles, sin demostrar algún sentimentalismo ni especial atención en algún punto, pero sus palabras fueron suficiente insumo para comenzar la travesía del encuentro con el otro, atar cabos sueltos, entender las decisiones del otro sin la mirada sucia de por medio. Examinar mi propia existencia y compararla con la del otro.

¿Cómo podría mirar igual que las primeras veces, ahora encontrándome realmente con otro igual a mí, pero diferente? ¿Cómo justificaría una mirada borrosa frente a un montón de gente que era incongruente en el mundo, cuando ya tenía la lucidez de poder afirmar que no conocía a esos otros, que por lo mismo no podía pre suponer nada sobre sus vidas, sus actuares, sus existencias? Ya no podía mirar igual, no podía ir por la vida manchando a los que me recordaban a él, a los que compartían esa realidad de vida. Desde esos encuentros, me preocupe más por solo mirar y buscar ese otro en los cuerpos que hablan esos otros lenguajes, antes que encarnizar mi mirada sobre ellos, detestando sin justificación la incongruencia.

En el segundo ejemplo, mi mirada se dislocó por las conversaciones que se dieron entre compañeros y profesores en las aulas, en los breaks, en las salidas de campo, en los trayectos de los buses, en las cafeterías etc... Para mi sorpresa, encontré que muchas veces se habla de lo mismo, la repetición de lo habitual; lo políticamente correcto, lo de moda en cada generación de edad, lo cotidiano, y es lo que gusta, lo que conforta, lo que hace sentir cómodo a la mayoría.

Cuando en la academia se discuten, se debaten temas o situaciones que invitan a incluir a quienes no están de acuerdo con una sola mirada del mundo, puede

tornarse incómodo, puede desviar la atención de unos, incluso, puede evidenciar el rechazo a la diferencia. ¿De qué sirve que una persona hable utópicamente de la inclusión en el aula, si cuando tienen maestros ciegos se duermen frente a él sin mostrar el mínimo interés de lo que ese maestro ciego pueda contarles? ¿De qué sirve enunciarse desde la inclusión educativa si se excluye de los círculos sociales a personas que son mayores en edad que el grupo dominante? ¿Por qué creemos todavía que la inclusión solamente va ligada a la *discapacidad*, olvidando el término *diferencia*, reconociendo el término *diversidad* pero asociándolo a la convivencia forzada sin un encuentro real?

Es conflictivo para mí, que mientras leemos y reflexionamos respecto a la diferencia, haya momentos donde todos y todas leemos lo mismo pero a algunos la lectura no nos toca. Parece que las lecturas no fueran una experiencia para algunos, parece que mientras se dan los diálogos en el aula, algunas miradas estuvieran ausentes, pero también las voces y los oídos... Compartir las clases presenciales me dislocó la mirada en el sentido en que ya no miro con grandiosidad a un grupo selecto de personas por tener el privilegio de asistir a la universidad, sino que aterricé, y comprendí que lo que invita y convoca al análisis de las cosas de la vida no necesariamente se limita a los muros de un campus universitario.

En el tercer y último ejemplo, respecto a las infancias, creo que la interacción con los niños y las niñas son los que me han transfigurado la mirada; escucharlos atentamente, preparar actividades, sesiones, planeaciones conscientemente y poder aplicarlas en escenarios reales, me ha sorprendido en tanto esos pequeños cuerpos hablantes me dicen cosas que pensé no escuchar como grandes ideas, hipótesis que no esperaba a esas edades, reflexiones profundas y sensibles, conocimientos que ya poseen y no son habituales etc.

Aunque gran parte ha sido por las interacciones que las vivencias escolares de la carrera universitaria me han posibilitado, no puedo descartar mis experiencias personales, sobre todo con un niño al que cuidé desde los 4 meses hasta los 4

años, con quién pude poner en práctica otras formas de enseñar, de jugar, de aprender juntos.

Mi mirada empequeñecedora, maternalizante, muchas veces me hacía actuar de manera sobre protectora, portadora del único saber etc. Pero conversar, explorar juguetes y juegos, leer libros junto a ese niño, me ha enriquecido bastante la vida. Me permitió asombrarme frente a la vida, frente a la existencia y a disfrutar inmensamente del compartir con esos seres que están configurando sus existencias, que son las infancias.

Encontrarme directamente con sus razonamientos y sentires, me retó a fortalecer mis habilidades, a leer más, a explorar otros lenguajes para poder establecer otras formas de relación. Definitivamente, la mirada adulto centrista que tenía instalada inconscientemente se ha ido transfigurando, gracias a la licenciatura en educación infantil y por supuesto, a las infancias, a quienes cada vez que miro, busco los encuentros sinceros.

- *¿Qué situaciones le han permitido abrir la mirada a otras posibilidades?*

Aunque anteriormente mencioné algunas tensiones y situaciones que han influido en el cambio de mi mirada, en limpiar mi mirada, creo que es pertinente mencionar también que para mí la educación ha sido crucial para este proceso. Y no sólo me refiero al asistir a clases en la universidad o cursos informales, sino a todos los procesos formativos que implican análisis y pensamiento crítico. Leer, ver piezas visuales, escuchar podcasts, asistir a obras de teatro, asistir a museos etc. Hago hincapié en esos espacios donde se promueve el desarrollo estético precisamente por su carácter reflexivo y la manera de sensibilizar para con el mundo a los espectadores.

En mi vida personal, creo que conocer otras pedagogías como la sistémica me ha llevado a barrer de mi mirada bastantes prejuicios sobre las personas. Entender a los otros como si tratara de entenderme a mí, ver eso que nos hace similares a

pesar de las diferencias no solo físicas, sino contextuales, familiares, experienciales etc.

Además, convivir con las demás personas irremediablemente hace que nos topemos con lo inesperado, y nos impulsa a buscar distintas formas de relacionarnos, saliendo de nuestra comodidad para no incomodar. Cuando leí el texto de Skliar recordé también un texto de Humberto Maturana en el que hablaba de la aceptación y del amor, que son la única forma de convivir realmente con unos otros. La palabra *tolerar* debe darse de baja precisamente por su sentido de reconocimiento, mas no de inclusión o integración de los otros.

Por otros lados, me gustaría mencionar la enfermedad y la biología de por sí. Nací a los 8 meses y mis manos son diferentes, mis pulgares no cumplen las funciones que les son asignadas a cabalidad porque morfológicamente faltan unas estructuras tendinosas. Eso ha hecho que en muchos lugares sea el objeto de encarnizamiento de miradas, me expongo, me dejo ver para mirar cómo me miran los demás. Aunque muchas veces he recibido rechazos por mi “lentitud” mi “torpeza”, eso, a lo largo de mi vida me ha abierto la mirada a los cuerpos diferentes, porque los siento como yo, como si fuera parte de ellos, y entiendo a mi cuerpo como algo que no define lo que soy. Tengo un cuerpo. Soy un cuerpo. Soy.

Para último, comento que hace unos años fui afectada por un virus que me paralizó el rostro y lo deformó temporalmente. En su momento, no era temporal, existía la posibilidad enorme de quedar con la cara torcida para siempre, ya que los nervios facial y trigémino fueron afectados drásticamente, tanto así que hoy en día aún quedan secuelas y cicatrices.

Por 9 meses fui excluida de los espacios sociales, incluso de los familiares porque tenía un cuerpo, un rostro difícil de mirar; incómodo, incongruente. Aunque mis facultades cognitivas estaban intactas, la gente en los hospitales me obviaba y se dirigían a mi madre para no mirarme, pues una joven con una cara que no era simétrica ni organizada suele asustar a la sociedad. En esos meses no dejé de

pensar en los demás diferentes, en la discapacidad. En la amiga ciega de mi mamá que es psicóloga, en mis primos autistas que trabajan en locatel, en mi primo con discapacidad cognitiva que estaba en un seminario para ser cura. Pensé también en otras personas con otras situaciones como enfermedades complicadas, con cuerpos anómalos, con cuerpos que a veces no dejan escuchar su voz.

Me dolió. Me molestó. Sentí lo que preguntaba Carlos en el documental, sentí que las miradas me manchaban. Me sentí menos, me sentí incómoda al mirarme al espejo. Me sentí mal conmigo misma al recordar mi mirada manchando a otros y a otras. ¿Cómo pude ser así? ¿Cómo no tuve en cuenta que detrás de ese cuerpo anómalo, diferente, de ese rostro irreconocible hay alguien, hay otro, que siente, que piensa, que recuerda, que vive, y que ese otro soy yo también.?

No sé cómo le sucede a los demás, pero esa fue mi experiencia, y tuve que atravesar un mar de oscuridad para poder salir sin tantos rastros de prejuicios encima. Agradezco además aquella época, aquel instante donde padecí dicha enfermedad, donde me transformé para ser más humana, donde mi mirada se transformó para siempre.

- *¿Ha tenido miradas expectantes en su práctica profesional? ¿Qué papel juegan estas miradas en la escuela y en nuestra profesión docente?*

En fin, supongo que es realmente complejo limpiarse la mirada para siempre. Creo que es un ejercicio que hay que poner en práctica cada día. Y por lo mismo, creo que en mi práctica profesional también he tenido miradas expectantes. No necesariamente sucias, solo eso, expectantes. Sin embargo, y como lo mencioné anteriormente, las miradas con filtro, por decirlo de alguna manera, embellecedoras, también pueden ser contraproducentes; esperar algo determinado de alguien o algo puede ser peligroso, y puede llevar a configurar otro tipo de miradas cuando no se recibe lo esperado.

Por ejemplo, cuando como estudiantes asistimos a las vivencias, muchas veces podemos ir prevenidas, con miradas expectantes posiblemente generadas a partir de las lecturas

asignadas en la carrera universitaria, las charlas en las clases, los momentos que se dan de compartir de experiencias entre maestros y estudiantes etc.. Algunas veces, las vivencialistas y las practicantes asisten a los lugares de práctica con la ilusión de encontrar maestras titulares apasionadas por su profesión, sabias, dulces y respetuosas con las infancias. Otras veces con el temor de encontrar maestras gruñonas, adulto centristas a más no poder, burlonas y desdeñosas con las infancias etc... Cualquiera de las dos resulta desfavorable a la hora de conocer el contexto real de la escuela actual.

Las miradas, con cualquier filtro, deforman la percepción de la realidad, imponen barreras a la hora de concebir el mundo con todos sus matices y pueden intervenir en los análisis de las estudiantes, en sus decisiones a futuro en su práctica docente e incluso en sus formas de relacionarse dentro de las instituciones. Esto, hablando directamente de las miradas practicantes-maestras titulares, pero también podemos hablar de las miradas adulto-niño, maestras-estudiantes e incluso maestras-escuela.

Si bien, de acuerdo a lo que se estudia en la carrera universitaria, la escuela y sus actores requieren de otras formas de relación, otras formas de educar, otras formas de vivir y ser parte de la escuela, estas otras formas deben construirse desde cada espacio en particular, de la mano de cada actor, cada contexto, y para ello, las interacciones que se den allí para poder construir juntos esas otras formas de todo, deben estar limpias, sin manchas, sin matices, sin filtros.

Mirar la escuela como es y nada más, mirar a los estudiantes como son y nada más, mirar la profesión de maestras como es en realidad para incluir en la escuela a todos y todas sin encarnizarnos en sus cuerpos, en sus voces, en lo que queremos ver de ellos.

Acomodarnos, hacernos campo, incluirnos a todos y todas en el espacio donde convivimos la mayor parte de nuestro tiempo. Hacer de esa convivencia no un mero acompañamiento banal y físico, sino un intercambio de existencias, de pensamientos, sentires, saberes únicos y distintos de cada quién.

Escucharnos, mirarnos con sencillez. Solo así se puede comenzar a educar una sociedad más justa, más amable y más fuerte, teniendo en cuenta que no sobrevivimos como individuo, sino como grupo, a estas alturas de la educación, no podemos contribuir a dejar de lado a algunos individuos del grupo. Somos todos o no somos ninguno.

2) Elabore un breve relato sobre las exclusiones que ha realizado en su trayectoria de vida como maestra.

En la escuela, como tal, siento que no he excluido a nadie, es lo que veo de mi misma. Por el contrario, me he preocupado como tal de que cada niño y cada niña que está conmigo en el aula se sientan integrado, parte del proceso de aprendizaje, protagonistas de la sesión y no sólo espectadores. Cuando era niña muchas veces fui dejada a un lado por diferentes razones: gordita, gafufa, lenticla, sobresaliente, niña etc. Por lo mismo, y porque sé cómo se siente, he tratado de no hacer lo mismo. Espero de corazón que esté haciendo bien las cosas y que yo y mi práctica docente no vayan a ser motivo de incomodidades para mis estudiantes.

Pensando las cosas, en alguna vivencia tal vez excluí del grupo a un muchacho. El grupo que estaba a cargo de mis compañeras y yo, era de niños entre los 4 hasta los 9 años, y había un solo chico que tenía 14 años. Lógicamente, no le gustaba compartir con niños menores porque se sentía ridiculizado, o bueno, esa era mi mirada sobre él. Su apatía, muchas veces incluso grosería, la traduje en eso. Incomodidad de su parte por verse infantilizado en una edad donde buscaba aprobación de su grupo de amigos, que por desgracia en este caso para él, quedaron en un grupo diferente.

La cuestión es que aunque lo intentamos integrar, finalmente desistimos y dejamos de buscar actividades y ejercicios que pudieran ser de su interés, y dejamos que simplemente no participara en nuestras sesiones, cosa que de hecho aceptó muy plácidamente. Curiosamente, en esa vivencia trabajamos la convivencia, y en el grupo había un niño al que le habían diagnosticado un trastorno cognitivo, y sus compañeros lo excluían del trabajo en grupo. Pero a lo largo del tiempo, hubo una mejor relación entre pares incluyendo a ese chico.

Por otro lado, en mi vida personal, cuando era niña, tenía una prima con espectro autista. En esa época no tenía la información que poseo ahora y muchas veces,

influida por algunos familiares, fui muy excluyente con ella. Podría decirse que la ignorancia frente al tema puede llevar a las personas a deshumanizar a los diferentes, cosa que hoy en día me toca las fibras y me toca de tal manera que no puedo hacerme la de mirada borrosa. No entendía en ese entonces que no era yo y mis otros primos los que le “daban permiso” de estar con nosotros, sino que ella también era la que debía darnos ese permiso, que ella también se sentía incómoda porque habían otros que compartían su espacio, que sus tiempos también eran trastocados.

Realmente estamos todos y todas tan ensimismados, podría decirse que muchas veces nos creemos el centro de la existencia y obviamos la existencia de los otros, y más aún si no se ven como lo espera el mundo congruente. Muchas veces se dice que hay que mirar con los ojos del alma, que cerrando los ojos nos encontraremos realmente con ese otro que nos habla, pero también me pregunto ¿Y si esos cuerpos anómalos, esos otros cuerpos comunicativos no tienen la capacidad de habla... Entonces también los obviaremos? No. No sólo debemos limpiar nuestra mirada, debemos limpiar nuestros sentidos, debemos limpiar nuestro pensamiento e incluso nuestro actuar.